



Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero. *Marx desde cero... para el mundo que viene*. Madrid, Ediciones Akal, 336 pp. ISBN: 978-84-460-4676-9.

Marx desde cero... se propone rescatar al pensamiento y obra principal de Carlos Marx, *El Capital*, de una forma enteramente nueva y diferente a cómo lo ha venido haciendo tanto la tradición marxista –en lo que se refiere a su dispositivo teórico– como la izquierda política, que se reclamaba heredera de su legado teórico y político. El análisis realizado por los dos autores se centra casi en exclusiva en la obra teórica principal de Marx: *El Capital. Crítica de la Economía Política*. Obra y pensamiento, con respecto a la cual se habrían producido un sin fin de disputas, controversias, malentendidos, además de déficits y fallos de interpretación y de comprensión, que se pretenden ahora enmendar y solucionar de una manera satisfactoria y congruente bajo la forma de una nueva lectura e interpretación de Marx.

En primer lugar, se parte de la acuciante necesidad de pensar el capital, el mercado y el Derecho como tres realidades diferentes, que coyunturalmente se encuentran y articulan en la modernidad, sí, pero cada una de las cuales exige ser pensada de manera aislada. Pero, entonces, al aislar y separar las tres realidades anteriores, lo principal consiste, más bien, en conseguir separar y estudiar lo que sería la lógica capitalista misma en su especificidad; pues se trata de una lógica que no encuentra su fundamento mismo en la circulación simple de las mercancías –el ciclo M-D-M–, pues ésta daría lugar únicamente a una sociedad de productores libres, iguales y propietarios de los productos de su propio trabajo.

El fundamento de la lógica del capitalismo se encuentra, por el contrario, en el ámbito o esfera de la producción de las mercancías. Por ello, se trata de la lógica de producción capitalista, pues resulta inseparable de lo que ocurre en la esfera de la producción de mercancías. Se trata, no obstante, de una lógica que es posible aislar de un modo analítico, pero que necesariamente tiene lugar dentro de una realidad que no se limita a ser sin más efecto de esa estructura. Porque el objetivo de Marx no es otro que el de aislar y *sacar a la luz la ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna*, y esto no ha de buscarse y cifrarse sino en la aparición de la mercancía fuerza de trabajo. Lo que, junto a un cierto grado de desarrollo del comercio y a que la producción de mercancías (que es la producción de cosas por mor de su venta en el mercado para recibir por ella un equivalente) se encuentre ya muy desarrollada, es en lo que puede resumirse la irrupción y el pistoletazo de salida del modo capitalista de producción. Pues es la aparición misma del modo capitalista de producción la que provoca que la producción de mercancías active, con ello, todos sus resortes y se generalice, a causa de precisamente lo anterior, es decir, de la aparición de una nueva clase social, la clase trabajadora, que carece de dinero y medios de producción, de modo que debe tratar de ser empleada en el proceso productivo a cambio de un salario que costee su manutención.

Pero, para transitar desde la producción simple de mercancías –estudiada en la Sección 1ª de *El Capital*– a la producción de mercancías como producto de capitales –estudiada en la Sección 2ª–, lo que tiene que haber como condición misma de su posibilidad es la aparición de la mercancía fuerza de trabajo y su empleo en el proceso de producción. Por lo que, y en contra de la Economía convencional, el capitalismo no se deduce de la circulación simple de mercancías, ni tampoco se produce una suerte de salto dialéctico de la circulación simple de mercancías al ciclo capitalista de producción (D-M-D'), en contra de la tradición marxista, que procuró resolver el problema de la oposición y contradictoriedad entre los ciclos M-D-M de la Sección 1ª y D-M-D' de la Sección 2ª de *El Capital* recurriendo a las leyes de la dialéctica, lo que en realidad era una manera saltar por encima del problema sin, claro está, resolverlo.

De esta manera se deslegitiman una amplia serie de famosos tópicos marxistas o izquierdistas; pues éstos no se encuentran en modo alguno en el interior de *El Capital*, sino que aparecen por lo general escasa y raramente empleados. Además de que lo hacen como meros recursos retóricos, particularmente dirigidos al público alemán contemporáneo de Marx, plenamente embutido en el lenguaje del Idealismo absoluto de Hegel. Pues, se hace notar que dichos recursos retóricos aparecen eliminados en, por ejemplo, la edición francesa, que es la que constituye la última edición, revisada en vida por el propio Marx, del Libro I de *El Capital*. Así la contradicción que atraviesa al modo capitalista de producción y a la sociedad capitalista no sería sino la oposición o, más bien, la coyuntura en la que se encuentran enfrentados por un lado los propietarios de los medios de producción y, por otro, la clase social que solamente posee su capacidad o fuerza de trabajo.

A lo anterior se suma, que los límites de la producción capitalista únicamente constituyen límites que le son interiores al capital –como modo de producción determinado y específico– y no constituyen los límites, por el contrario, de una etapa histórica o movimiento general de la historia hacia una fase o etapa superior o posterior. Porque Marx asimismo denuncia que la *economía vulgar* pretende –en la sociedad capitalista– estudiar la Economía sin más, cuando en realidad está tratando con un modo específico de producción del cual hay que dar cuenta de un modo concreto, específico y determinado, y no-desplegando leyes económicas generales válidas *en abstracto* para cualquier o cualesquiera modos de producción.

En lo que se refiere al papel de la teoría –laboral– del valor, se sostiene su irrenunciabilidad por una cuestión científicamente elemental, precisamente para dar cuenta del derecho de apropiación capitalista sobre los productos del trabajo de la clase trabajadora, y para dar asimismo cuenta del reparto de la riqueza que se produce entre capital y trabajo. Es más, se sostiene que, sin la teoría del valor –teoría que funda el valor en el tiempo trabajo que de media o *socialmente* es necesario para producir un cierto tipo de bien–, la Economía deja de ser una Ciencia y se convierte, por el contrario, en una mera herramienta de cálculo y un modelo puramente matemático, cuando no en mera sofística.

Pero no solamente eso, la teoría del valor permite calcular algo que a la *economía burguesa* interesa muy poco calcular y que es la cantidad de trabajo que está dedicando una sociedad a producir los medios materiales para cubrir sus necesidades humanas y qué otra cantidad de trabajo está destinando a satisfacer las necesidades de revalorización del capital. La irrenunciabilidad de la teoría laboral del valor consiste en verdad en la necesidad de investigar *el plusvalor* y la *tasa de plusvalor*

en la sociedad capitalista, pues la idea misma de ganancia no tiene sentido si no se prolonga la jornada laboral más allá del punto en el que el obrero logra reproducir el valor a cambio del cual es empleado en el proceso productivo. Pero todavía más, el ciclo específicamente capitalista se hace descansar sobre la base de la existencia misma y permanente de la clase de asalariada; pues es esta escisión en clases la que es el presupuesto fundamental del ciclo capitalista de producción –y junto a él de la generalización del intercambio de mercancías–.

Todo esto supone, en realidad, una suerte de pauta extraña del capital con respecto a la idea misma de mercado –la cual, insistimos en que se distingue netamente del capital–, en tanto que el mercado se encuentra fundado en la libertad, igualdad y propiedad de los intercambios individuales de mercancías, contexto en el que cada cual aparece como propietario de lo que produce –o de los productos de su trabajo–. Se trata de una escisión en clases sociales que hace, entonces, que la relación económica fundamental de dicha sociedad haya que buscarla en la *competencia* que enfrenta como clases diferentes y con intereses irreconciliables a los vendedores de la fuerza de trabajo por un lado, con los capitalistas y propietarios de los medios de producción, por otro. Pues es, aquí, hacia donde se orienta toda la investigación basada en la teoría del valor.

Pues solamente sobre el hecho de la aparición de la mercancía fuerza de trabajo –que en un pasado histórico desprendió de sus medios de sustento y de producción a las grandes masas de población–, esto es, es sólo sobre la base de una nueva clase social, el proletariado, cuando en realidad acontece eso que la producción mercancías activa todos sus resortes y la riqueza aparece, entonces, bajo la forma de una enorme acumulación de mercancías. Se produce, ahí, el denominado por Marx *fetichismo de la mercancía* y la *mistificación capitalista*; la que puede llegar a producir la ilusión de que el dinero –en tanto que valor de cambio– tiene la propiedad inherente de trabajar por sí mismo y de generar por sí solo el capital mismo. Pero no, el dinero es capital única y exclusivamente bajo unas condiciones sociales concretas, en las que la existencia de trabajo asalariado hace que al dinero le vaya de suyo el revalorizarse proporcionalmente.

Pero, a pesar de que el modo capitalista de producción presupone la generalización del intercambio de las mercancías, sucede que en condiciones capitalistas las mercancías no se venden a su *valor* –es decir, no se venden al resultado de sumar el valor de los medios de producción + el valor de los salarios o fuerza de trabajo–, sino que, por el contrario, se venden a su *precio de producción* que es el resultado de añadirle o sumarle a lo anterior una Tasa de Ganancia Media en concepto de rendimiento o revalorización del capital.

Puede decirse que la producción de *plusvalor* –que es sobre la que descansa la razón de ser misma de la sociedad capitalista– es la que caracteriza a nuestras economías obsesionadas con el crecimiento económico. Ello, más allá de que la lógica capitalista no funcione nunca en toda su pureza; aunque ciertamente vaya camino, en los tiempos que corren, de precisamente hacerlo cada vez más sin contar con un mecanismo de contención que se le oponga eficaz y decididamente. Pues allí donde, precisamente, más se acerca a funcionar en toda su pureza el resultado constituye un completo y auténtico desastre en términos humanos y de bienestar. Porque, claro, *el plusvalor* sólo puede aumentar de dos maneras: o bien, como producción de *plusvalor absoluto* –lo que se consigue con el aumento de la jornada laboral o plustrabajo: aumentos de jornada, horas extra, etc.–, o bien como producción

de *plusvalor relativo* –que supone aumentar la productividad o la tasa de explotación del capital– para abaratar la mercancía mediante la introducción de maquinaria que le impone, por el contrario, al trabajo la necesidad de trabajar menos tiempo para reproducir el valor de su salario. Así y aquí, la producción de *plusvalor relativo* se consigue sin que haya de mediar reducción de salarios ni alargamientos de la jornada de trabajo. Pero queda más que claro que, por lo general, allí donde hay un contexto de salarios bajos –por la causa que sea: ausencia de salario mínimo, de convenios colectivos o de sindicación–, lo que se terminará por imponer es la producción de plusvalor absoluto –es decir, producción de plusvalor a base de aumentar y alargar la jornada laboral o con reducción de salarios– y, por tanto, habrá una baja tasa de producción de plusvalor relativo –es decir, una baja productividad–, por el menor porcentaje que tiene el *capital constante* en la composición orgánica del capital.

Pero, por otro lado, la producción de *plusvalor relativo* –lo que se hace por medio de la introducción de maquinaria cada vez más sofisticada– vuelve o torna superflua a una parte importante de la clase trabajadora; pues la mayor productividad de la misma cantidad trabajo humano, de la mano de más inversión en *capital constante*, expulsa del proceso de producción a una parte de la población trabajadora, generando una cierta cantidad de mano de obra excedente –una sobrepoblación relativa o un ejército industrial de reserva disponible–, que presiona a la baja los salarios y que es el trasfondo sobre el que mueve la ley de la oferta y de la demanda de trabajo.

Finalmente y aunque en sentido estricto haya que distinguir entre las leyes que corresponden al modo capitalista de producción y los mecanismos de decisión individual a través de los cuales estas leyes de carácter impersonal se imponen, sería más bien obra de la presión de la competencia –desde el punto de vista del sistema en su conjunto– la que hace que el cumplimiento de dichas leyes del capital se torne como no dependiente de las decisiones individuales y que, entonces, la tendencia y finalidad sea siempre *acumular capital* para volver a poder seguir acumulando capital en una escala ininterrumpidamente creciente, con lo que los asuntos humanos y relativos a la satisfacción de sus necesidades quedan de esta manera subordinados al metabolismo del capital. Pero manifestando entre sí una clara y abierta incompatibilidad, como de hecho el capital resulta incluso también incompatible con la misma supervivencia del planeta.

Por consiguiente, podemos decir que la lectura de *El Capital* de Carlos Marx que proponen Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero supone y abre una nueva y auténtica línea interpretativa y argumental en torno a la obra y pensamiento de Marx. En contra de, precisamente, la escolástica marxista que pretendía –desde un supuesto materialismo dialéctico o incluso desde un materialismo histórico que atribuían al propio Marx– hacer una lectura e interpretación de *El Capital* de Marx de carácter dialéctico o historicista, que pretendía, desde una suerte de leyes generales de la dialéctica –en el caso del materialismo dialéctico– o de la Historia –en caso del materialismo histórico–, encontrar las leyes generales de la Historia o de la Economía, al encontrarse con lo específico del modo capitalista de producción. Por el contrario, la lectura de Marx que se nos propone pretende fundamentar y basar lo específico del capital en una serie de coyunturas que se entrecruzan de manera circunstancial en el periodo que convenimos en denominar modernidad y que, desdichadamente, dan origen a que no sólo irrumpa el modo capitalista de producción, sino también a que éste se generalice y adquiera proporciones globales. Por lo que esta nueva lectura de Marx nos propone un Marx y un capitalismo *sin* dialéctica y *sin* determinismos

ni esencialismos de carácter histórico o historicista. Pues las únicas determinaciones que cabe encontrar en la sociedad moderna son las determinaciones con las que el capital determina el orden de los fenómenos y relaciones económicas que se producen allí donde precisamente rige como modo de producción. Pero nada más; de manera que la dialéctica y el supuesto carácter lógico-contradictorio que le conferiría aquélla al capital y a la Historia queda eliminado y deslegitimado, pues queda reducido a un mero recurso o sutileza retórica que Marx emplea para dirigirse específicamente al público alemán de su obra, cuyo universo intelectual se encontraba dominado por la jerga y retórica dialéctica del Idealismo hegeliano y por la pugna entre la izquierda y derecha hegelianas. Pero una sutileza retórica que no juega absolutamente ningún papel esencial en *El Capital* ni en la obra de Marx; algo que, ciertamente, va en contra de casi dos siglos de tradición marxista, pero que queda probado precisamente por el hecho de que se prescindía absolutamente de ella en la edición francesa de *El Capital*.

Jesús García de las Bayonas Delgado
jesusgbd@gmail.com